

FANTOMAS

PIERRE SOUVESTRE
Y MARCEL ALLAIN


FANTOMAS

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de cubierta de
Augusto Ferrer-Dalmau



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Fantómas*

Diseño de la cubierta y la faja: 

Primera edición: mayo de 2024

*El editor ha hecho lo posible por localizar al/los titular/es de los derechos de esta obra.
No habiendo obtenido resultados, la editorial reserva a favor de quien acredite ser su titular la
remuneración que pudiera corresponder por la publicación de esta edición.*

© Herederos de Marcel Allain

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2024

© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2024

© de la traducción: Andrés Ruiz Merino, 2024

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5574-1

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 8227-2024

Impreso en España

Mi villano favorito

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Fue Raymond Chandler, creo recordar, quien dijo que en la ficción los buenos modales deben dejarse a cargo del villano. Y siempre estuve de acuerdo con eso. Durante mucho tiempo, la literatura y el cine mantuvieron esa regla de oro, para satisfacción de quienes tenemos la certeza, bien documentada, de que los buenos e inolvidables villanos han hecho más por la ficción y la vida —no siempre tan lejanas como parece— que los héroes de biografía inmaculada y corazón más o menos puro, que a menudo, cuando se profundiza seriamente en ellos, resultan ser más aburridos y cuestionables de lo que parecen.

En alguna ocasión reflexioné por escrito sobre este asunto, que siempre, primero como lector y luego como novelista, me ha interesado mucho. Entre los peores malvados de antaño, fuesen hombres o mujeres, raro era el que no se esforzaba por adquirir o mostrar buenos modales. Los de ahora mismo, sin embargo, perpetran crímenes fáciles o demasiado vulgares, con escaso mérito y riesgo; y además del latrocinio y el crimen te obligan a soportar la grosería. Tal como están las cosas, cualquier imbécil de la literatura, el cine o la vida capaz de salpicarte de sangre puede aspirar a ser un canalla.

Nosotros, el público actual, desengaños y llenos de resabios tras haber visto casi de todo, nos identificamos más fácilmente con ratas de callejón y asfalto, con turbios antihéroes, con bajunos personajes que encarnan la más vulgar y desesperada ordinariez. En lo tocante a ladrones, no existen ya aquellos caballeros de guante blanco. Ni siquiera existen los guantes blancos. Ni los caballeros.

Permítanme un lamento más bien elitista, ciertamente inapropiado en los tiempos que vivimos, pero compartido o compartible por cualquier lector avezado en lo clásico: en la ficción de antaño, folletinesca o policial, solía darse una especie de selección natural. El dinero, el poder, el estatus social lo tenían los que estaban arriba, la aristocracia o la burguesía enriquecida, y, para infiltrarse hasta sus dormitorios, cajas de caudales y joyeros con collares de perlas o esmeraldas, incluso para asesinarlos, era necesario cierto estilo. Unas maneras más bien canónicas, quiero decir: cierta clase aliñada con elegancia, talento y audacia. Y ahí reside la clave de la cuestión. Tal vez, o posiblemente, aquellos seductores canallas no existieron jamás; pero, al menos, existieron los hombres y las mujeres capaces de inventarlos. Que no es poco.

La literatura francesa fue la primera, o eso creo, en concebir este tipo de villano. Recordemos al temprano Camparini (1860, que ya es madrugar), creación de Ernest Campe-dú, quien debutó con todos los honores y gran éxito en *Le Journal pour tous*. O al legendario Zigomar, héroe enmascarado, rey del crimen y protagonista en *Le Matin* (1909) de un folletín compuesto por más de cien episodios y ocho novelas, obra del escritor Leon Sazie; un personaje, éste, que alcanzó enorme popularidad, alfombrando el camino del mal para los muchos criminales notables que vendrían después. Sin olvidar, naturalmente, al profesor Moriarty, al coronel

Moran o a la Irene Adler que Arthur Conan Doyle enfrentó a Sherlock Holmes. O al temible Diablo Amarillo encarnado en el personaje de Fu-Manchú.

Hubo, en fin, en aquel momento de oro del crimen literario de altos vuelos, innumerables villanos de excelente vitola, para delicia del público ávido de sus aventuras. Pero, entre todos ellos, siendo sinceros, el lector que fui y sigo siendo tiene muy claro cuáles son sus favoritos. Arsenio Lupin, inteligente y astuto —publicado pocos años antes que *Fantomas*—, es uno de ellos, con ese fondo de ternura sutil que es preciso estar atento para descubrir entre líneas. O el magnífico y cruel Rocambole, siempre implacable con su peculiar sentido del crimen y de la justicia. Sin olvidar a Raffles, ladrón elegante, sentimental y todo un caballero, al que me resulta imposible imaginar —el cine complementa y refuerza esta clase de cosas— con otros rasgos que no sean los del actor David Niven. Y, por supuesto, claro, *Fantomas*, que ahora recupera con tanta brillantez la presente edición de Zenda-Edhasa.

No es sólo que *Fantomas* sea uno de mis favoritos, porque decir eso es quedarse corto, sino que tal vez sea el predilecto entre mis grandes amores villanescos masculinos: un asesino pérfido, sanguinario, desprovisto de escrúpulos o barreras morales, a quien el carácter despiadado de sus crímenes y las múltiples personalidades que es capaz de adoptar confieren una siniestra grandeza en sus desmanes, a los que hacen frente el tenaz policía Juve y el simpático periodista Fandor. Creado en 1911 por Pierre Souvestre y Marcel Allain, *Fantomas* se convirtió en una de las figuras más populares del folletín en Francia, Europa y América gracias a las treinta y dos novelas que protagonizó, surgidas del doble ingenio de los autores. Aunque Souvestre murió demasiado pronto (en 1914), su

compañero Allain continuó dando vida al famoso criminal durante nueve volúmenes más, encabezando con todo mérito la amplia familia de perversos maleantes modernos enamorados del delito, de la sangre y —como dijo no recuerdo quién, pero lo dijo bien— de «los efluvios magnéticos que se desprenden de las peores pasiones humanas».

Todos ellos fueron, o son para muchos de sus lectores, entes de ficción más reales que buena parte de los seres vivos que nos rodeaban o rodean. Los admiramos sin reservas precisamente por ser como eran: por su romántica perversidad, por su maldad sin fisuras, por su elegancia inaccesible. Delincuentes ideales en sus actitudes, carácter y grandeza, eso los colocaba por encima de la moral convencional, de las vulgares convenciones burguesas, de lo divino y lo humano en sus canallescadas incursiones. Legiones de lectores creyeron en ellos, se conmovieron con sus aventuras, amaron con sus amores y odiaron con sus pasiones más oscuras y peligrosas. Eran antihéroes lejanos, enigmáticos, nimbados con el aura siniestra de lo extraordinario. Por eso dejaron siempre una huella profunda en el lector, una impresión que se mantuvo intacta durante un siglo, hasta que el cine tomó el relevo y continuó creando antihéroes, o reconvirtiéndolos al socaire de los nuevos tiempos y los gustos cambiantes de la moda. Incluso incorporándoles humor, como ocurrió con *Fantomas*, que primero fue a la pantalla del cine mudo y luego a una serie de episodios de gran éxito, y, más tarde, convertido en fetiche que aclamaron los surrealistas franceses (Cendrars, Apollinaire, Desnos, Magritte), se popularizó de nuevo con la reedición de las novelas y con aquellas disparatadas películas francesas —Jean Marais, Louis de Funès, Mylène Demongeot— que hoy pueden verse con la sonrisa divertida de quien hojea un entrañable tebeo de la infan-

cia. Tebeos, por cierto, que también se ocuparon mucho del personaje: desde la famosa serie mexicana *Fantomas* hasta los diecisiete cómics publicados en Italia por Del Duca y las novelas gráficas ilustradas en Francia por Claude Laverdure; sin olvidar la insólita versión del Pato Donald titulada *Patomas*, publicada en España en los tebeos *Don Miki* y *Dumbo*. Por no hablar, claro, de su influencia en villanos literario-cinematográficos como Goldfinger o el doctor No de Ian Fleming, autor de las novelas de James Bond; o en la trama y personajes —el inspector Clouseau es un destilado evidente de su colega Juve— de las películas sobre *La pantera rosa*.

En todo caso, y en lo que a mí se refiere, esos malvados de categoría superior tuvieron notables efectos secundarios: sazonaron unos años de lecturas y rebeldías escolares —he escrito sobre eso en varias ocasiones— que fueron mi referente marginal, mi escuela gamberra, mis intentos de oposición ante un sistema autoritario al que me enfrentaba no por ideas ni rebeldía natural, sino por afán de imitación. Por simple estética lectora. Aquel niño que fui habría dado cualquier cosa, en las incursiones de osado latrocinio colegial —una pluma estilográfica, un libro o un cortaplumas, a cambio de los cuales dejaba en el lugar de autos una sota de corazones dibujada a mano con la firma de Fantomas o Rocambole— por llevar el impecable frac, la chistera y el bastón, «enarcada una ceja displicente, acompañada de una sonrisa desdeñosa y viril aleteándole en los labios». Aunque, pensándolo bien, en realidad, supongo que sí; que aquel niño los llevaba consigo. El frac y la sonrisa.

Rocambole, Raffles, Lupin, Moriarty, Fantomas y los demás villanos de categoría parecen estar muertos y enterrados. Sobre sus nobles tumbas corretean sin consideración ni decoro superhéroes, asesinos en serie, zombis y vampiros

con teléfono móvil. Las calles, alumbradas por luz eléctrica en vez de por farolas de gas, no conservan el eco de sus pasos ni el trazo de sus sombras alargándose en el empedrado. A través de la puerta entreabierta del palacio-residencia del aristócrata o el millonario ya no llega la música lejana del salón, hoy convertido en un restaurante de comida rápida para turistas. La rosa se marchita en la copa vacía de champaña, junto al collar de perlas que ninguna mano enfundada en guante blanco pretende ya robar; entre otras cosas, porque las perlas son de plástico y las fabrican en Taiwán. Tal vez por eso hace años inventé, a modo de homenaje, un personaje que en cierta manera es heredero, o trasunto, de todos ellos: Max Costa, el bailarín mundano protagonista de *El tango de la Guardia Vieja*, en cuyas manos ficticias puse la posibilidad de vengar esta dulce melancolía, convirtiéndolo, de alguna manera, en uno de esos antiguos ladrones de sociedad, capaz de renunciar al collar de perlas a cambio de un guante de mujer, como recompensa melancólica de mi propia memoria lectora. Fue ésa, supongo, una forma de cerrar un círculo personal: el guiño de afecto y agradecimiento hacia aquellos elegantes villanos que tanto han significado en mi vida, y que ahora se completa con el prólogo a esta magnífica edición de *Fantomas*.

Espero que lo disfruten tanto como yo lo disfruté, y aún lo disfruto.

1

EL GENIO DEL CRIMEN

— ¡Fantomas!

— ¿Cómo dice?

— Digo... Fantomas.

— Y eso, ¿qué significa?

— ¡Nada... y todo!

— Pero ¿de quién habla?

— De nadie..., ¡y sin embargo de alguien!

— En fin, ¿y qué hace ese alguien?

— ¡Dar miedo!

Habían terminado de cenar y pasaban al salón.

Desde tiempo inmemorial, durante las prolongadas temporadas que todos los años pasaba en su mansión de Beaulieu, al norte del departamento de Lot lindando con la Corrèze, esa pintoresca región que bordea el Dordoña, la marquesa de Lagrune invitaba regularmente a cenar los miércoles, para aliviar su soledad y conservar las relaciones, a algunos de sus vecinos más íntimos.

Aquella tarde, los invitados de la buena señora eran el presidente Bonnet, un antiguo magistrado retirado cerca de Brive, en una pequeña propiedad situada en las afueras del pueblo de Saint-Jaury, y el padre Sicot, párroco del pueblo.

Eran los más asiduos. Estaba también, aunque su asistencia era intermitente, la baronesa de Vibray, joven viuda, independiente, rica y mundana a la que le encantaban los viajes y se pasaba la vida en la carretera al volante de su automóvil.

Finalmente, la juventud estaba representada por el joven Charles Lambert, llegado hacía cuarenta y ocho horas a la casa, un muchacho agradable de unos dieciocho años, al que la marquesa trataba con afecto, y por Thérèse Auvernois, nieta de la señora, que desempeñaba con ella el papel de madre después del fallecimiento de sus padres.

Las extrañas y misteriosas palabras que acababa de pronunciar el presidente Bonnet al abandonar el comedor y la personalidad de aquel «Fantomas», que en absoluto había precisado el magistrado, intrigaron a los presentes y, mientras la pequeña Thérèse Auvernois servía con gracia el café, las preguntas eran cada vez más apremiantes.

Después de lanzar una mirada circular sobre el auditorio y prolongar el silencio para captar mejor su atención, el presidente Bonnet comenzó:

—Si interrogamos, mis queridos amigos, a la estadística, nos dirá que, de las muertes que habitualmente se producen, al menos un tercio son crímenes. Y ustedes saben, como yo, que la policía sólo descubre alrededor de la mitad y que de ellos la justicia apenas llega a castigar la mitad.

—¿A dónde quiere ir a parar? —preguntó, curiosa, la marquesa de Lagrune.

—Aunque hay multitud de crímenes cuyos autores se desconocen —respondió el magistrado—, es evidente que han sido cometidos. Ahora bien, aunque en algunos casos los autores son criminales vulgares, en otros se deben a seres enigmáticos, difíciles de descubrir, demasiado hábiles o demasiado inteligentes para dejarse prender. La historia rebosa de

anécdotas sobre personajes misteriosos: la máscara de hierro, Cagliostro... Ahora bien, ¿es razonable pensar que en nuestra época no hay imitadores de esos poderosos malhechores?

El padre Sicot alzó suavemente la voz para observar:

—Hoy la policía dispone de muchos más medios que antes...

—Sin duda —reconoció el presidente—, pero su trabajo es más difícil que nunca. Los bandidos más distinguidos disponen hoy de muchos medios para ejecutar sus fechorías. La ciencia, que tanto contribuye al progreso, puede ser también de gran ayuda para los criminales: lo mismo que la autoridad, el ejército del mal dispone del telégrafo, de automóviles..., y un día se servirá de aeroplanos. En consecuencia, se puede hablar de equilibrio entre las dos partes.

El joven Charles Rambert, que escuchaba con suma atención, insistió con una voz suave, ligeramente excitado:

—¡Señor, usted nos hablaba hace un momento de Fantomas...!

—Sí, sí, a eso voy. Ya veo, señoras y señores, que me han comprendido. A partir de ahora es preciso que nuestra época, tan perturbada por la criminalidad, acepte la existencia de un ser misterioso y temible al que la autoridad, impotente, y la opinión pública hace ya un tiempo que han dado el nombre de Fantomas. Es imposible saber con precisión quién es Fantomas. Tan pronto se encarna en la personalidad de un individuo, incluso conocido, como en dos seres humanos a la vez. A veces actúa solo, a veces con cómplices. Está por todas partes y en ninguna. Su sombra planea por encima de los misterios más extraños, su huella se encuentra en los crímenes más inexplicables, y sin embargo...

—Nos asusta usted, presidente —exclamó la baronesa de Vibray con una sonrisita forzada que sonaba a falsa, mien-

tras la marquesa de Langrune, preocupada porque los jóvenes escucharan la conversación, pensaba en la manera de procurarles una ocupación más acorde con su edad.

La gran señora aprovechó la interrupción para sugerir a Charles Rambert y a Thérèse:

—Pequeños, debéis aburriros entre personas tan mayores. Recobrad vuestra libertad. Thérèse —continuó, sonriendo a su nieta, que, muy obediente, se había levantado ya—. Hay un magnífico rompecabezas en la biblioteca; deberías intentar hacerlo con tu amigo Charles...

La baronesa de Vibray volvió a la conversación sobre Fantomas:

—Pero, presidente, ¿por qué habla usted de ese siniestro personaje en el caso de la desaparición de lord Beltham? ¡Ay! Nosotras, las mujeres, conocemos a los hombres y sabemos que son capaces de todas las barbaridades. ¿Por qué no podría tratarse de una fuga sin importancia?

La marquesa sonrió con aprobación, y el cura adoptó un aire escandalizado, pero el presidente Bonnet, en tono doctoral, respondió:

—Perdón, baronesa, perdón... Si la desaparición de lord Beltham no hubiera estado rodeada de circunstancias misteriosas, es evidente que yo pensaría lo mismo que usted. Pero hay un hecho que debe llamar nuestra atención: el periódico *La Capitale*, del que les he leído un resumen hace un momento, lo señala. Se dice que lady Beltham, cuando empezó a preocuparse por la ausencia de su marido, la mañana siguiente a su desaparición, recordó haber visto a lord Beltham leer, en el momento en que iba a salir, una carta cuyo particular formato, cuadrado, le extrañó.

»Se había fijado, además, de que en la carta había líneas escritas con una gruesa letra negra. Después, esa misma

mañana, encontró en el escritorio de su marido la carta en cuestión, pero el texto había desaparecido. Apenas se descubrieron, después de un examen minucioso, algunas manchas imperceptibles que indicaban que se trataba del documento que había tenido su esposo entre las manos. Lady Beltham no habría dado más importancia al hecho si el periódico *La Capitale* no hubiera ido con este motivo a entrevistar al policía Juve, el famoso inspector de la Sûreté, quien, en muchas ocasiones, había conseguido detener a criminales famosos. Ahora bien, Juve se mostró muy impactado por el descubrimiento de ese documento y no ocultó a su interlocutor que creía encontrarse ante una manifestación de Fantomas, teniendo en cuenta el carácter extraño de la curiosa epístola.

El presidente Bonnet había convencido ya a su auditorio, y sus últimas palabras fueron como un jarro de agua fría para sus oyentes.

La marquesa de Langrune creyó necesario desviar la conversación:

—Pero ¿quiénes son esas personas, lord y lady Beltham?

A la pregunta respondió la baronesa de Vibray:

—¡Ah, mi querida amiga! Bien se ve que no está muy al tanto de los ecos mundanos de París y que lo poco que le llega le llega tarde. Lord y lady Beltham son de lo más conocido. Él fue, en otro tiempo, agregado a la embajada de Inglaterra. Dejó París para ir a luchar en el Transvaal, y ella, que lo acompañó, reveló en el transcurso de la guerra extraordinarias cualidades de valor y humanidad, dirigiendo el servicio de ambulancias y la atención a los heridos. Lord y lady Beltham volvieron luego a Londres y después se establecieron definitivamente de nuevo en París, hace dos años. Vivían y viven todavía en el bulevar Inkermann, en Neuilly-sur-Seine, en un encantador hotel donde reciben muy a

menudo y de la manera más deliciosa. En varias ocasiones he sido invitada de lady Beltham; es una mujer de lo más seductora: distinguida, alta, rubia, dotada de ese encanto particular de las mujeres del Norte...

★ ★ ★

Dieron las diez.

—Thérèse —alzó la voz madame De Langrune, a quien sus deberes de señora de la casa no hacían olvidar su papel de abuela—, Thérèse, hija mía, es hora de acostarse... Se hace tarde, bonita...

La jovencita dejó el juego, dócilmente, y dio las buenas noches a la baronesa de Vibray, al presidente Bonnet y, por último, al anciano cura, quien, paternalmente, le preguntó:

—¿Te veremos en la misa de siete?

La muchacha se volvió hacia la marquesa.

—Abuela —dijo—, quisiera que me permitiese acompañar a Charles a la estación mañana por la mañana. Al volver, iré a misa de ocho ...

La marquesa de Langrune se volvió hacia Charles Rambert:

—Entonces, mi pequeño Charles, ¿su papá llega a Verrières en el tren de las seis cincuenta y cinco?

—Sí, señora...

Madame De Langrune vaciló un instante; después, dirigiéndose a Thérèse, añadió:

—Me parece, niña, que será mejor dejar que nuestro amigo vaya él solo a buscar a su padre. Será más discreto.

Pero Charles Rambert protestó:

—¡Oh, señora! Estoy seguro de que mi padre se pondrá muy contento si ve conmigo a la señorita Thérèse cuando baje del tren.

—En ese caso, hijos míos —concluyó la gran mujer—, haced como os parezca... Thérèse —continuó—, antes de subir a acostarte, avisa a nuestro buen intendente Dollon que dé las órdenes necesarias para que enganchen el coche mañana por la mañana a las seis... La estación está lejos.

—Bien, abuela.

Los dos jóvenes abandonaron el salón.

—Pero —preguntó el cura— ¿quién es este joven Charles Rambert? Me lo encontré anteayer con su viejo intendente Dollon, y le confieso que me he roto la cabeza intentando reconocerlo...

—No me extraña —respondió la marquesa riendo— que no lo lograra, pues usted no lo había visto antes. Sin embargo, quizá me haya oído el nombre de un tal Étienne Rambert, un viejo amigo. Había perdido completamente de vista a Étienne Rambert cuando lo volví a ver hace dos años en París, en una fiesta de caridad. El pobre hombre había tenido una vida agitada; se casó hace veinte años con una persona, oí decir que encantadora, pero que está enferma, cruelmente enferma. No sé si no estaba algo loca... Étienne Rambert ha tenido que recluirse hace poco en una casa de salud.

—Esto no nos dice cómo el hijo ha llegado a ser su huésped... —dijo el presidente Bonnet.

—Se explica fácilmente. Hace poco, el joven Charles Rambert dejó el internado de Hamburgo, donde se encontraba para perfeccionar el alemán. Yo sabía por las cartas de su padre que madame Rambert iba a ser internada. Étienne Rambert, por otra parte, tenía necesidad de ausentarse debido a sus muchas ocupaciones, y yo me ofrecí a recibir a Charles aquí, en Beaulieu, hasta que su padre volviese a París. Charles está aquí desde antes de ayer..., y eso es todo.

—Y Étienne Rambert ¿viene a buscarlo mañana?

—Precisamente, pues...

La marquesa de Langrune se disponía a dar más detalles sobre su joven protegido, pero éste acababa de entrar en el salón.

Los invitados callaron, mientras Charles Rambert se acercaba al grupo con juvenil torpeza. El joven, instintivamente, se colocó junto al presidente Bonnet y, animándose de pronto, preguntó a media voz:

—¿Entonces, señor?

—Entonces, ¿qué, mi joven amigo? —preguntó el magistrado.

—¡Oh! —dijo Charles Rambert—. ¿No habla ya de Fantomas? ¡Es tan divertido!

Con bastante sequedad, el presidente advirtió:

—La verdad, no creo que estas historias de criminales sean «divertidas», como usted dice.

Pero el joven, sin darse cuenta del matiz de reproche, continuó:

—Sin embargo, es muy curioso, muy extraordinario, que pueda haber en nuestra época personajes tan misteriosos como Fantomas. ¿Es verdaderamente posible que un solo hombre cometa tantos crímenes, que un ser humano sea capaz, como según dicen lo es Fantomas, de escapar a todas las investigaciones y de no caer en las trampas más sutiles de la policía? Me parece que eso...

Cada vez más frío, el presidente lo interrumpió:

—¡Joven, no comprendo su actitud! Parece usted seducido, electrizado. —Y, volviéndose hacia el padre Sicot, el presidente Bonnet añadió—: ¡Aquí tiene usted, señor párroco, el resultado de esta educación moderna, del estado de opinión creado por la prensa!

Pero Charles Rambert insistía:

—¡Señor presidente, es la vida, es la historia, la actividad, la realidad!

La propia marquesa de Langrune, tan indulgente ella, dejó de sonreír. Charles Rambert comprendió que había ido demasiado lejos y se frenó en seco.

—Les pido perdón —murmuró—. He hablado sin pensar.

Charles Rambert mostraba un semblante tan desolado que el magistrado lo consoló:

—Tiene usted mucha imaginación, joven, demasiada... Pero esto pasará... Vamos, vamos, está usted todavía en la edad en que se habla sin saber.

★ ★ ★

La velada se había prolongado hasta muy tarde y, algunos instantes después de este pequeño incidente, los huéspedes de la marquesa se retiraron.

Charles Rambert acompañó a la marquesa de Langrune hasta la puerta de sus aposentos, e iba a despedirse respetuosamente para irse enseguida a su habitación, que estaba al lado, cuando la marquesa lo invitó a entrar:

—Venga, Charles, tome ese libro que le he prometido. Debe de estar encima de mi escritorio.

Nada más entrar en la habitación, la marquesa de Langrune echó una ojeada en la dirección del mueble y se corrigió inmediatamente:

—¡O, si no, en algún cajón del escritorio! ¡Puede que lo haya cerrado con llave!

El joven se excusó:

—No quiero molestarla, señora...

—Sí..., sí... —insistió la buena marquesa—. Además, tengo que abrir el escritorio, pues quiero ver el billete de lotería

que regalé a Thérèse hace algunas semanas... ¡Eh, Charles! —prosiguió, levantando los ojos hacia el joven, mientras enrollaba la persiana de su escritorio estilo imperio—, sería una suerte que a mi pequeña Thérèse le hubiera tocado el premio gordo.

—Ojalá, señora —sonrió Charles Rambert.

La marquesa encontró el libro. Se lo daba ya al joven con una mano mientras con la otra desplegaba unos papeles multicolores.

—¡Aquí están los billetes! —exclamó, pero enseguida se lamentó—: ¡Dios mío, qué tonta soy! No me acuerdo del número del billete premiado que daba *La Capitale*...

Charles Lambert se ofreció inmediatamente a ir a buscar el periódico, pero la marquesa negó con la cabeza.

—Es inútil, hijo mío. El párroco se lleva la colección de la semana todos los miércoles... ¡Bah! Mañana será otro día.

★ ★ ★

En su habitación, con la luz apagada y las cortinas corridas, Charles Lambert, inusualmente agitado, no podía dormir. El joven no paraba de dar vueltas en la cama, nervioso. En cuanto se adormilaba, la imagen de Fantomas tomaba forma en su cabeza, cambiando, no obstante, sin cesar: unas veces veía un coloso con rostro bestial y espaldas musculosas; otras, un ser pálido, delgado, con ojos extraños y brillantes; otras, en fin, una forma indefinible, un fantasma... ¡Fantomas!

2

AMANECER TRÁGICO

Cuando el coche de alquiler daba la vuelta, al final del puente Royal, hacia el paseo, en dirección a la estación de Orsay, monsieur Étienne Rambert sacó el reloj y comprobó que, según sus previsiones, le quedaba un cuarto de hora largo antes de la salida del tren. Llegado a la estación, saltó del coche y llamó a un mozo, al que entregó la pesada maleta y el paquete de mantas que constituían su equipaje.

—Dígame, amigo mío —preguntó—: ¿el tren de Luchon?

El hombre emitió un vago gruñido e hizo un gesto incomprensible. Murmuró el número de una vía, pero la información no fue suficiente para el viajero.

—Vaya delante —dijo éste—. Lo sigo...

Eran en ese momento las ocho y media, y la estación de Orsay tenía esa animación especial que lleva consigo la salida de los trenes de larga distancia.

Precedido del mozo que llevaba su equipaje, monsieur Étienne Rambert apretó el paso.

Ya en el andén, en el lugar donde empiezan las vías, el mozo se volvió.

—¿Va a tomar el expreso, señor?

—El ómnibus, amigo mío...

El mozo no hizo ningún comentario.

—¿Quiere ir en cabeza o en la cola?

—Prefiero la cola del tren.

—Primera clase, ¿verdad?

—Sí, primera clase.

El mozo, que se había parado un instante en el borde del andén, volvió a agarrar el pesado equipaje y le advirtió:

—Entonces, no hay dónde elegir... En el ómnibus sólo hay dos vagones de primera clase y están enganchados en la mitad del convoy...

—Son vagones con pasillo, supongo.

—Sí, señor. En los trenes de largo recorrido son muy pocos los que no lo tienen, sobre todo en primera clase...

Étienne Rambert seguía con dificultad al mozo entre el creciente barullo. La estación de Orsay no está organizada como otras estaciones. No hay en ella una clara separación entre las vías de las líneas de larga distancia y las de cercanías. Tan es así que, en el mismo andén, colocado a la derecha, se encontraba el tren que llevaría a Étienne Rambert más allá de Brives, hasta Verrières, mientras que a la izquierda estaba estacionado otro convoy de cercanías que llevaba a Juvisy.

Poca gente subía al tren de Luchon; en cambio, una gran muchedumbre se apretujaba en los compartimentos del tren de cercanías.

El mozo que guiaba a monsieur Étienne Rambert puso sobre el estribo de un vagón de primera clase el equipaje.

—No hay nadie todavía en el ómnibus, señor —le advirtió—. Si sube el primero, podrá elegir usted mismo el compartimento...

Étienne Rambert siguió el consejo; pero, apenas había penetrado en el pasillo, cuando el jefe de tren, oliéndose una buena propina, se puso a su disposición.

—¿El señor quiere tomar el tren de las ocho cincuenta?
¿No se habrá equivocado, señor?

—No —replicó Étienne Rambert—. ¿Por qué?

—Porque —continuó el hombre— hay muchos viajeros de primera clase que se equivocan y que confunden este tren, que sale a las ocho cincuenta, con el de las ocho cuarenta y cinco...

—El tren de las ocho cuarenta y cinco —preguntó monsieur Rambert— es el expreso, ¿no?

—Sí —respondió el empleado—, es directo y no para, como éste, en todas las pequeñas estaciones... Lo adelanta y llega más de tres horas antes que éste a Luchon... Es el convoy de al lado... Pero —continuó el hombre—, si el señor quiere tomarlo, tiene tiempo todavía. El señor tiene derecho a elegir entre los dos trenes, puesto que tiene billete de primera clase.

Pero Étienne Rambert declinó el ofrecimiento:

—¡No! Prefiero tomar el ómnibus... Con el expreso tendría que bajar en Brives, y me quedarían veinte kilómetros hasta llegar a Saint-Jaury, la villa adonde voy.

Dio algunos pasos por el pasillo, se aseguró de que los diferentes compartimentos del vagón estaban aún completamente vacíos y, volviéndose hacia el jefe de tren, le preguntó:

—Escuche, amigo, estoy muy cansado y me gustaría dormir esta noche, así que preferiría estar solo. ¿Dónde estaría más tranquilo?

El hombre, con la mitad de lo que había escuchado, comprendió inmediatamente: al pedirle consejo sobre el sitio que debía elegir para estar tranquilo, el viajero prometía, implícitamente, una buena propina si nadie venía a molestarlo.

—Si el señor quiere instalarse aquí —respondió el empleado, señalando un compartimento—, baje inmediatamente las

cortinas, y yo creo que podré buscar un sitio en otra parte a los demás viajeros...

—¡Perfecto! —aprobó Rambert, dirigiéndose al compartimento indicado—. Voy a fumar un puro hasta que el tren salga e inmediatamente después intentaré dormir... ¡Ah, amigo, puesto que es usted tan servicial, haga el favor de llamarme mañana por la mañana con tiempo suficiente para que me apee en Verrières! Tengo el sueño pesado y sería capaz de no despertarme.

★ ★ ★

En la mansión de Beaulieu, el joven Charles Rambert estaba terminando de arreglarse cuando llamaron suavemente a la puerta.

—Son las cinco menos cuarto, Charles... ¡Levántese enseguida!

Charles Rambert respondió, todo ufano:

—¡Ya estoy en pie, Thérèse! Estaré listo en dos minutos...

La voz de la muchacha se escuchó por detrás de la puerta:

—¡Cómo! ¿Está ya levantado? Eso es maravilloso, me alegro... Baje en cuanto esté vestido.

—¡Entendido! —respondió el joven.

Acabó de vestirse. Después, con la lámpara en una mano, abrió con precaución la puerta de la alcoba para no hacer ruido y, de puntillas, atravesó el rellano, bajó la escalera y fue a reunirse con Thérèse, que lo esperaba en el comedor.

La chiquilla, como una pequeña y perfecta ama de casa, había dispuesto, mientras esperaba al joven, el desayuno.

—Desayunaremos enseguida —propuso—. No nieva, y podríamos, si usted quiere, ir a la estación a pie. Tenemos tiempo. Nos sentaría muy bien andar un poco.

—Por lo menos, eso nos calentará —respondió Charles Rambert, que, medio dormido aún, se sentó al lado de Thérèse, haciendo honor a lo que ella le había preparado.

—¿Sabe usted —dijo la nieta de madame De Langrune— que es admirable levantarse con tanta puntualidad? ¿Cómo lo ha conseguido usted? Anoche tenía miedo de dormir como cualquier otro día...

—Sin duda, pero le confieso, Thérèse, que estaba muy nervioso, muy inquieto, ante la idea de que papá llegaba esta mañana... ¡Apenas he dormido!

Terminaron de desayunar. Thérèse se levantó.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Vamos...

Thérèse abrió la puerta del vestíbulo, y los dos jóvenes bajaron la escalinata que conducía al jardín.

Al pasar delante de las caballerizas, se cruzaron con un mozo de caballos que iba a sacar una antigua berlina de la cochera.

—No hace falta que se dé prisa, Jean —dijo Thérèse tras desearle buenos días—, vamos a ir a pie hasta la estación. Lo que importa es que usted llegue a tiempo de traernos de vuelta...

El hombre asintió. Los dos muchachos franquearon la puerta del jardín y comenzaron a andar por la carretera que llevaba a la estación. La nieta de madame De Langrune preguntó:

—Debe usted estar muy contento por volver a ver a su padre... Hace mucho que no lo ha visto, ¿verdad?

—En los últimos tres años sólo lo he visto algunos minutos... Viene de América y, antes de irse para allá, había viajado mucho tiempo por España...

—Lo va a encontrar a usted muy cambiado.

—¡Oh! —respondió el joven—. Es triste decirlo, pero ¡papá y yo nos conocemos tan poco...!

—Sí, por lo que me contó mi abuela, usted ha sido educado, sobre todo, por su madre.

El joven Charles Rambert movió con tristeza la cabeza.

—A decir verdad, nadie me ha educado... Por lejos que me remonte en mis recuerdos, sólo logro acordarme de mis padres como unos desconocidos a quienes veía de cuando en cuando. Los quería mucho, pero me asustaban... Es como si fuera a conocer a papá esta mañana.

—Durante toda su infancia, él estuvo de viaje, ¿verdad?

—Sí, él viajaba mucho, bien a Colombia, para vigilar las plantaciones de caucho que tiene allí, bien a España, donde tiene también extensas propiedades... Cuando pasaba por París, venía al internado, me llamaba y hablábamos... un cuarto de hora...

—¿Y su madre?

—¡Oh, mamá era otra cosa! Toda mi infancia, al menos la infancia de la que puedo acordarme, ha transcurrido en el internado.

—Sin embargo, ¿usted quería mucho a su mamá?

—Sí, la quería, pero tampoco la conozco, por así decirlo...

Y, como Thérèse hizo un gesto de sorpresa, el joven prosiguió, revelando el secreto de su infancia solitaria:

—Mire, Thérèse, ahora que soy un hombre, adivino cosas que no podía ni aun sospechar entonces. Mis padres se llevan mal. Cuando era pequeño, veía siempre a mamá silenciosa, triste, muy triste, y a papá activo, bullicioso, alegre, hablando alto... ¡Casi creo que mamá le tenía miedo! Los jueves, cuando llegaba a casa acompañado de un criado, me llevaban a darle los buenos días y la encontraba invariablemente tumbada en una *chaise longue*, en su alcoba, con las persianas